



Los animales del mal

Aleq Garrigóz

Escritor; maestría en Literatura Hispanoamericana UC, 2º semestre

Araña, la

Tenebrosa y marginal, habita en cementerios polvorientos –espesores de lo umbrío– y en todo recinto donde la ruina establezca su imperio. Como una Penélope amarga y hostil, gasta los días tejiendo su red para el asesinato.

Viuda tramposa, en medio de sus hilos fatídicos –donde atrapa luciérnagas, coloridas mariposas, catarinas– devora a su consorte sin pizca de piedad: su juguete fatídico, su esclavo sexual.

Y su tamaño puede ser el de la mano de un hombre que asfixia la ternura del pájaro cantor.

No se responde la inquietud del curioso: cómo un ser tan pequeño puede albergar tanto veneno.

Búho, el

Bajo muchas circunstancias el búho sirve a Satán. No se fie el humano de su paciencia, de su aspecto dócil y domesticable: viven por y para la muerte.

Es alimaña gris, parda, con alas de ángel. Ese porte de ciudadano taciturno y mediocre es sólo una máscara bajo la que se agazapa la rapiña.

Tiene el pico propicio para el desgarramiento de la carne rosada que anda en aparente libertad paseándose en forma de conejo.

Centinela de pupilas de vidrio, su inmovilidad es cifra de señorío. Su reposo es amenaza.

Es servidumbre funeraria y los ojos del Mal vigilando los bosques.

PIROCROMO

13

#18 BESTIARIO

Buitre, el

Alevoso, desde las alturas se apresura hacia el punto exacto del asesinato animal, para arrancar, del cadáver abandonado, de su carroña infame, los despojos nauseabundos que harán su delicia.

Y no concede indulto al criminal ahorcado en la llanura de la justicia pueblerina: baja gustoso a él, celebrando una danza aérea de círculos hipnóticos, donde esos miembros aciagos despliegan de su fealdad el espectáculo macabro.

Vileza de las aves, arpía, carnicero cobarde que no se atreve a matar, bruja emplumada, tan familiarizado está con el hombre que, si uno quisiera ahuyentarlo haciéndole muecas, abre el ancho abanico de sus alas, como ofreciendo un abrazo a quien es su semejante.

Cerdo, el



En su hocico henchido de infección encontramos residuos de toda clase de bazofias. Las heces son su más caro manjar. Por ello, es del pecado capital de la gula la más obvia representación.

Fornicador extremoso, sus larguísimos orgasmos, chillantes y convulsos, no lo llegarán a saciar.

Sus pezuñas se aferran al lodo y a la mugre que le hacen tanta compañía en el mundo rancio, lleno de basura, pestilencia y desechos de la vida del hombre. Allí siempre le sobra molicie; allí se entrega a la gordura, esa deformación.

Su corazón es de las mismas dimensiones que el del hombre, ambos albergan la misma forma de amor. El hombre que ufano lo ofrece en banquete puede pensar que tal vez ha inmolado a su prójimo.

Chacal, el

Acecha desde el crepúsculo hasta la madrugada, entonces vuelve a la lobreguez de las cavernas. Los cementerios –ciudadelas de muertos– son su lugar privilegiado en el mundo: allí orina y defeca para sentirse dueño siquiera de un mísero terruño.

Saturnino y solitario, el chacal se parece a Caín errante. Su aullido tiene el dolor de quien, habiendo vivido en gracia, mora desposeído en el éxodo y sus desiertos.

No importa su color: siempre es negro por necrófilo.

Pertenece a ese clan de perros salvajes signados por el furor siniestro de la saña y la destrucción, siempre rabioso contra el mundo.

Es el peor enemigo del hombre. Porque, más temprano que tarde, el chacal habrá de ser padre terrenal del Anticristo.

Cocodrilo, el

Monstruo, dragón sin alas; el cocodrilo une la rudeza de la tierra y del agua en los relieves amargos de su cuerpo, áspero como la piedra, tan hundido en su maldición, en su pereza grotesca.

Inerte, usurpando la forma de un tronco, espera milenios al pobre ciervo; lo asalta, luego en una emboscada letal en que su largo aburrimiento se vuelve una súbita, colérica, retorcida demostración de brutalidad a sangre fría. Comehombres, deglute hasta los zapatos.

Leviatán de los pantanos, su hocico es un terror agudo, de él sale un insoportable aliento a podredumbre. Si tuviese lengua, de ella sólo saldrían blasfemias antiquísimas.

Tan hipócrita es que después de haber devorado hasta a sus hijos, se echa a llorar patéticamente.

Cucaracha, la

La cucaracha es el ruin habitante incógnito a quien en verdad pertenece este planeta, más allá de la glaciación y el desastre nuclear. Más populosa que el hombre, impía y rastrea, preside cada rincón sin iluminar, desde donde produce el espanto del ama de casa y el escalofrío de las literaturas góticas cuando sale a la vista.

El verano le brota alas para que haga la fornicación. Se enreda entonces en el cabello de las sirvientas, atacadas de histeria; y hace el vómito de los recién nacidos.

Pegada a la pared como un ornamento abyecto o andándose por los suelos, opaca, luce siempre indigna de toda consideración. Las suelas la buscan para exprimirle de un golpe el pus que rellena su cuerpo quebradizo. Porque no merece siquiera lástima.

Cuervo, el

Un trozo de noche es el cuervo, diablo alado por el tornasol embellecido. Su aleteo en la ventana horroriza a la madre, inquietada por su pequeño hijo enfermo en la penumbra. Y es que sólo sabe anunciar desgracias y daños. Un trozo de noche, de tan negro y funesto.

Cuando come, desgrana el maíz sobre la roca estéril; así no podrá fructificar. No podremos esperar ningún beneficio del día si su vuelo ensombrece nuestro paso en el camino.

No teme al espantapájaros que es el hombre, porque el cuervo no es pájaro: es la inteligencia animal del hurto y la merma de los plantíos. Más el pico hiriente, la mirada huraña y el odioso graznido que reprocha y aturde.

Cría cuervos y sacarán tus ojos.

Escorpión, el

Rufián armado hasta la cola, el escorpión agujijonea como la mala suerte a quien no lo espera. Se esconde entre las sábanas, dentro de los zapatos, tras la cortina, para desmayarnos con su figura cruel, con su ponzoña que paraliza el cuerpo.

Nos atenaza de temores. En las laderas de los cerros, dentro de las pobres casas de cartón, bajo la cama donde vive el miedo natural de los niños, doquier que se aparezca, es inequívoca señal de contingencia.

¿Y cómo no temer a aquellos que bajo su signo zodiacal han nacido sí, receloso por naturaleza, espera en calma usar su lanza envenenada, siempre preparado para matar?

Gato negro, el

Nocturno, el gato negro pasea por las calles llevando el presagio adverso, enemigo de la fortuna, cómplice de brujerías.

Es igualmente la causa de la tragedia: consumado el incendio, el accidente aparatoso, es visto en los alrededores lamiéndose de gusto, depravadamente saboreando el olor a estrago, como si la muerte fuera el reino al que en verdad pertenece.

Puede salir vivo del ahogamiento tan fácilmente como cae de pie desde las alturas, donde vigila que la noche se desarrolle en calma luctuosa o espera a que el horror termine de instalarse.

Esbirro de la perdición, se desconoce la cantidad de muertes de la que sus vidas son capaces. Pero es mentira que tenga siete: tiene seis, el número del Diablo.



Un día en la vida de Goyo Samsa, J. S. Cainiz.